

Las “benditas” foráneas influencias

por Alejandro Insaurrealde

El intercambio y la fusión de culturas que protagonizaron las etnias locales con los europeos desde épocas anteriores a la Emancipación, conforman la génesis de la música local cuyo proceso - como toda expresión artística - está siempre en movimiento, es dinámico, y esto lleva a que hoy la Argentina cuente como país cosmopolita con un manantial de aportes foráneos que no hacen pecaminosa su realidad musical, todo lo contrario, la nutren. En mi opinión, cualquier cultura, por pura o autosuficiente que se proclame, siempre le debe algo a alguien, siempre debe a otro una inyección de novedad, siempre le debe a un “jardinero de afuera” el riego de una contribución extranjera que la robustecerá con el tiempo.

Las raíces de la música argentina se remontan al Siglo XVI a partir de dos corrientes fundamentales de influencia: la hispánica y la nativa americana; de la primera tenemos la corriente que ingresa por el Río de la Plata con los españoles (que luego se expande por el Virreinato); de la segunda, el legado cultural étnico; el aporte de las misiones jesuíticas en los siglos XVI y XVII, y el de los Incas en el Norte - con sus ritmos, melodías y aerófonos como la quena, antara y pincullo - son algunos de los principales ejemplos. Aunque existen otras fuentes de influencia de las numerosas comunidades étnicas que poblaban el territorio, la intervención española fue clave para el mestizaje cultural del que proviene gran parte de la producción artística de este país.

Claro que, no siempre los aportes foráneos se instalan en un marco de común acuerdo para sentar las bases de un intercambio, a veces son impuestos a la fuerza y con violencia. Lamentablemente, la historia se forja así. Y en lo que refiere a penetraciones culturales agresivas, con el tiempo se borra con el codo del olvido lo que se ha escrito con sangre.

Pero no seamos extremistas. El intercambio cultural entre los pueblos, en ocasiones, se desarrolla con pasividad, e incluso, con manifiesta necesidad de oxigenación. Es el caso de muchos países de Europa (Alemania es un claro ejemplo) que tras la segunda guerra mundial debieron airearse de flagelos como la xenofobia y el nazismo. Hoy en día, en cualquiera de las grandes ciudades europeas, se ve transitar por sus calles a gente de las más variadas etnias y culturas, y lo hacen no como meros turistas o pasajeros de un naufragio, sino haciendo gala de su identidad cultural, con sus atavíos, costumbres, lenguaje gestual y.... ¡su música! Esto habla de una integración (con miras a una influencia futura) que en otras décadas era impensada. Y no creamos que sólo en los siglos XX y XXI se pueda producir este fenómeno. En todas las épocas existió ese canje

cultural, con sus tornasoles, sus conos de sombras, sus impasses, pero con la rueda girando siempre en una dirección.

Ya desde los albores de la evolución humana, con los primeros homínidos, el sentido de sociabilización se perfecciona conforme al avance del intercambio cultural entre tribus, el hombre desarrolla esa condición de **ser social** hasta niveles que, junto a otros atributos, lo distancian definitivamente de las otras especies. Si bien este proceso contribuyó a la extinción de las tribus más rezagadas, propició un salto evolutivo a otras. Más tarde, cualquier música hallará en el intercambio, en el aporte y en la mixtura, las materias primas para su desarrollo.

Veamos esto. Si no fuera por el aporte de culturas como la hebrea, gitana y morisca, España no tendría el flamenco; si no hubieran existido los bardos de Escocia, Irlanda y Bretaña - que acompañados de un laúd cantaban gestas de batallas - no hubieran tomado modelo los juglares y trovadores medievales ; si no fuera por el arribo de instrumentos europeos como la trompeta de pistones, contrabajo y otros, el jazz no tendría la riqueza tímbrica en sus orquestas; si no hubiera existido un ocurrente Piazzola que cometió ese “hermoso sacrilegio” de fusionar tango con jazz y música académica, nos imaginaríamos todavía a Buenos Aires con el farolito, las calles empedradas y el conventillo, y no a la Buenos Aires del Siglo XXI, vertiginosa, alocada, con sus colectivos, ruidos y neones. Y podemos continuar la lista. Todos estos ejemplos que, a su vez, fueron influencia de otros, le deben algún aporte a alguien, y así nos adentraríamos en una genealogía musical tan extensa como apasionante.

Abrir el paso a las influencias foráneas, en materia de música, tampoco tiene que ver con una pretensión esnobista. Como planteábamos antes, se trata muchas veces de una necesidad. Los puristas y conservadores pueden dormir tranquilos, que la fusión y las influencias no le restarán legitimidad a la música argentina. Cualquier expresión en apariencia castiza puede convivir, sin problemas, con formas más agiornadas sin que ello demande necesariamente un juicio de valor ni jerarquización entre ambas.

INSAURRALDE, Alejandro. Las “benditas” foráneas influencias. *Literarte* [en línea]. 2010.